

HOY hace treinta años, como consecuencia de unas elecciones

EL FRACASO DE LA REPUBLICA

partidarios. Cada Congreso de un partido republicano fue una contienda de ca-

municipales, Don Alfonso XIII abandonaba el trono de España, para dar paso a la República. Se ha disertado mucho sobre las causas de la caída de la Monarquía y sobre los errores de hombres y partidos que, obligados a defenderla, no supieron protegerla de sus enemigos, por incomprensión, falta de convicciones, indecisión y debilidad a la hora de afrontar a la revolución en la calle. Se recuerda menos que la República fue también efecto de una amplia y estruendosa propaganda desarrollada libremente, que llevó el contagio a todos los sectores sociales, inoculando su virus incluso a gentes que por su vigor intelectual, por su experiencia y cultura, por su linaje, podría suponerse inmunizadas contra la superstición y las fábulas demagógicas.

Fue una contaminación en cadena, de arriba abajo, de derecha a izquierda, de viejos y jóvenes. Un huracán, una inundación, una epidemia difundida por el aire, de la que sólo se libraron algunos islotes, refugio del sentido común y de las razones históricas. Contaminación decimos que penetró en salones de nobles y plutócratas y en miserios hogares de los suburbios, en las cátedras universitarias y en los colegios profesionales, en los talleres y en los tajos, en los Ateneos y en las logias y hasta en algunos cuartos de banderas. A cada español se le hablaba en el lenguaje preferido, bien por la voz docta del profesor o del político ilustre, desertor de las filas monárquicas, o por la voz áspera y apasionada de tribunos, conferenciantes o improvisadores de soflamas enardecedoras.

Con las promesas hechas por esta legión de hombres transformados en aves canoras que llenaron el espacio de arpegios gratos y melodiosos se podría componer el más variado y fascinador catálogo creado por la democracia para recreo y felicidad de los españoles. Se les prometía a éstos la recuperación de su conciencia de hombres libres, perdida desde hacia cuatro siglos: se anunciaba la proximidad de tiempos de esplendor y de grandeza mediante una República que despertaría en todos los ciudadanos dinamismo y disciplina, llamándolos a la soberana empresa de resucitar la Historia de España, tomando briosamente en sus manos su propio e intransferible destino; una República, se decía, viable, gubernamental, conservadora, con el desplazamiento hacia ella de las fuerzas gubernamentales de la mesocracia y de la intelectualidad, que conservaría el Senado y en él la representación de la Iglesia con el arzobispo de Toledo a la cabeza; una

República, en fin, que devolvería la interior satisfacción a todos, la tranquilidad a una vida pública jurídicamente ordenada, la seguridad de un patrimonio legítimamente adquirido, la inviolabilidad del hogar sagrado, la plenitud de vivir en el seno de una nación civilizada...

Grandes esfuerzos imaginativos exigió la desmesurada empresa propagandística a los exaltadores y panegiristas del nuevo régimen, pues ni el desastroso desenlace del anterior ensayo republicano, ni el historial político y el comportamiento público de muchos designados para desempeñar funciones esenciales en el futuro gobierno renovador, arquetipo de todas las excelencias liberales, permitían confiar razonablemente en unos resultados tan felices, casi milagrosos como los que se prometían. Con tal ansiedad era esperada la mutación y con tal impaciencia la llegada del nuevo orden de cosas y de vida, que se salvaron atropelladamente dificultades legales y se imprimió celeridad al tránsito, sin atender a fórmulas jurídicas, para dar satisfacción a los irreprimibles anhelos populares. En principio la República fue alboroto, gritería callejera y un estallido de júbilo. Por eso Unamuno repetiría tantas veces que la República no la trajo una revolución, sino un estado espasmódico de la "soberanía popular".

Esta bienandanza duró muy poco. Se dispó como una embriaguez. Contados días llevaba la República cuando aparecieron los primeros disidentes, del lado catalán. Al mes, con la infame quema de conventos, empezaron las defecciones. La historia de la República es un continuado desfile de decepcionados que se van al ostracismo y se pasan al enemigo desencantados. La República es un miércoles de ceniza que deja en todas las frentes el signo del desencanto. Las acusaciones y execraciones más violentas contra el régimen han sido dichas o escritas por quienes fueron un día sus más ardientes

partidarios. Cada Congreso de un partido republicano fue una contienda de cabileños disputándose la influencia, las actas o el presupuesto. De año en año los grupos más importantes se fueron fragmentando en tribus. Al final la propia organización socialista, la más robusta y maciza, acabó cuarteada, y el mayor núcleo se hizo faccioso y abominó de la República como régimen corrompido e inservible. Con la revolución de octubre de 1934, los propios autores del régimen se convirtieron en parricidas al atentar contra las instituciones y la Constitución. Dos años después, el triunfo del Frente Popular señaló el final del régimen detestado. "La República no nos sirve, decía el líder marxista Largo Caballero. Es un régimen que no puede subsistir sin el apoyo de los socialistas; en cambio la dictadura del proletariado es posible sin el concurso de los republicanos. ¿Por qué entonces ha de malgastar el marxismo sus energías en una colaboración para mantener a un régimen caduco, podrido y estéril?" Toda la campaña de los oradores y de la prensa marxista, una vez triunfante el Frente Popular, es contra la hipocresía democrática y contra la República, desacreditada, baldón y oprobio, estigma y afrenta, de la que se apartan sus amigos y admiradores de antaño como de un foco pestífero, de un organismo ulcerado e infecto. En adelante no habrá otro poder que la fuerza, ni otro argumento que la violencia.

Nadie defiende a la República, nadie la reconoce como poder representativo de la voluntad popular y menos como régimen que se haya dado el pueblo para su administración y gobierno. Por eso, el republicano más histórico, don Alejandro Lerroux, puede escribir: "Ni Franco ni el Ejército se salieron de la Ley ni se alzaron contra una democracia legal y normal en funciones. No hicieron más que sustituirla cuando se disolvió en una anarquía de sangre, fango y lágrimas." Por eso, también don Manuel Azaña, el más apasionado y tenaz de los republicanos, pronuncia desalentado aquellas palabras de amargura que recoge su cuñado en sus Memorias, reproducidas hace pocos días en estas páginas: "Si alguna vez alguien puede restaurar en España, no ya la República, sino lo que sea, que no sé lo que será, de régimen más o menos liberal, lo primero que tiene que hacer es renunciar a todos los mitos creados en torno a la República y deshacer todos los ídolos. Porque si nuestra República se hubiese perdido el 18 de julio, otra cosa hubiese podido quedar acaso en la consideración de las gentes. Pero nos hemos ido envejeciendo, y al final ya no se ha salvado nada. El que lo vea de otra manera se enaña."

JOYERIA RELOJERIA

Julio

• BERNARDO, R. Y C.
• EXTENSO
• SERTIDO
• PRECIOS
• AJUSTADOS